

fectamente que este casamiento doble, imaginado por la casa de Brunsvig-Hanover, era un mero fuego fatuo, que á nadie en la corte de Berlín debiera haber deslumbrado; y el haberlo conocido el rey Federico Guillermo, constituye uno de sus mayores títulos de mérito por sus esfuerzos en favor de su casa y de su país.

En sí era muy natural la idea de la reina Sofía Dorotea, hija del rey Jorge I de Inglaterra, de estrechar los lazos de familia entre las casas de Hanover y de Brandeburgo, ca-

sando á su hija con el hijo mayor de su hermano el rey Jorge II, y seguramente no se habría opuesto su esposo el rey de Prusia á esta nueva alianza si el de Inglaterra lo hubiese considerado y aceptado como un asunto de familia sin ningun secreto pensamiento político. A haber sido así, podían haberse celebrado los desposorios de los dos jóvenes al mismo tiempo que el tratado de Hanover del año 1725, y las diferentes dificultades diplomáticas que hubiesen sobrevenido podrían haber hecho retardar pero no deshacer el



Sofía Dorotea, reina de Prusia. Copia del grabado de Wolfgang hecho en 1732, sacado del cuadro original de Antonio Pesne

casamiento. Mas el hecho era que el rey Jorge I, padre de la reina de Prusia, había contestado siempre á las vivas instancias de esta con frases insustanciales, y cuando murió, todo el proyecto no había salido todavía de la esfera de las esperanzas y de los ensueños. Subió su hijo Jorge II al trono de Inglaterra, y entre su esposa Carolina de Anspach y su hermana la reina de Prusia se concertó el segundo proyecto de casamiento entre el hijo de esta Federico y la hija de aquella la princesa Amalia. También obtuvo este proyecto el asentimiento del rey Federico Guillermo á condicion, como era natural, de que no tuviera que ver la política internacional en ello, que no incluyera compromiso alguno para la Prusia ni estorbara la libre accion del rey.

Mala señal era, cuando se trató de fijar los detalles de los dos casamientos, que la reina de Inglaterra saliera con la condicion decidida: «primero el negocio y despues los casa-

mientos;» cosa que entre dos familias particulares habria significado simplemente que se fijaran antes las dotes para asegurar á las nuevas parejas sus medios de existencia, pero entre casas reinantes queria decir: ¿qué obligacion impondremos á la Prusia en cambio de la inmensa merced que la casa de Hanover va á hacer á la de Brandeburgo casando sus dos hijos con los de la familia real de Inglaterra? ¿Querrá el rey de Prusia agradecido al ver sus hijos tan bien colocados, ser el soldado mercenario de Inglaterra y Francia y probar su docilidad acto continuo de declarar la guerra al emperador Carlos VI para obligarle con sus armas á someterse al tratado de Sevilla?

A esta pregunta se decia el rey: «¿Qué viene á significar esta clase de matrimonios? ¿Resulta de ellos una amistad mas íntima? Entre particulares, sí, se contestaba; pero entre potentados, no; estos solo buscan su interés. Yo deseo á

mis parientes toda la prosperidad y dicha del mundo mientras que no sea á mis expensas, ni contra mi política y mi Estado, porque estos son los que los señores anglo-hanoverianos miran con malos ojos. Mi posicion es la piedra de toque.»

A la sazón era Federico Guillermo fiel aliado del emperador, conforme lo exigian los tratados de Wusterhausen y de Berlín, y como lo había sido siempre cuando podía creer que conservaría así la paz en el imperio alemán, y serían efi-

caces las garantías del emperador en favor de su sucesion en los territorios de Julish Berg. Era natural, pues, que el embajador austriaco, conde de Seckendorf, estuviera muy bien quisto en la corte de Berlín; privaba con el rey y era uno de sus tertulianos mas íntimos, su compañero en las cacerías y revistas. Estaba muy en el orden que aprovechara estas circunstancias para influir en el rey y sus ministros contra los proyectos de matrimonio entre la Prusia y la Inglaterra; pero á pesar de esto poco habria logrado el astuto embajador,



Federico II á la edad de 17 años. Copia de un grabado de la época

si no hubiese tenido el rey sus razones particulares que corroboraban los trabajos de Seckendorf. Para el rey de Prusia era cuestion vital en este asunto que los dos casamientos se considerasen independientes uno del otro; con el de su hija y el príncipe heredero de Inglaterra estaba enteramente conforme, y cuando el enviado extraordinario de Inglaterra Carlos Hotham hizo en 4 de abril de 1730 proposiciones en Charlottenburg respecto de este casamiento, el rey no cupo en sí de gozo, porque sabia que con esta noticia daría á su esposa é hija la mayor alegría del mundo. Por esto suplicó al embajador que lo tuviera secreto á fin de que él pudiese llevar tan buena nueva á las señoras y gozar de la sorpresa agradable que habia de causarles. ¡Y su hija Federica Guillermina le acusaba de querer destruir la felicidad suya y de su hermano!

Para el rey de Prusia era además condicion indispensable para dar su consentimiento al segundo casamiento, el de su hijo y sucesor con la princesa Amalia, que tuviera dos seguridades: primera, que esta union no habia de obligarle á hacer la guerra al emperador, para lo cual era preciso que estuviera zanjada la cuestion entre este y los firmantes del tratado de Sevilla, y segunda, que el rey de Inglaterra renunciara á su oposicion hostil á la sucesion de la casa de Brandeburgo en los ducados de Julish y de Berg, y que le reconociera este derecho del mismo modo que lo habia hecho el emperador. Si el rey Jorge no daba estas dos seguridades, y si hacia del casamiento del príncipe real de Prusia una condicion previa del casamiento de su hermana, no pasaba todo lo demás de una trampa, por muchas ventajas de otra especie que se le ofreciesen; en especial aquella de nombrar al

príncipe heredero de Prusia lugarteniente del rey de Inglaterra en Hanover; no solamente porque este príncipe, obligado entonces á vivir en Hanover, habria perdido de vista la política interior de su país, sino porque siendo instrumento de la política inglesa, podria haber sucedido segun el caso que el padre hubiese de guerrear contra su hijo.

El rey de Inglaterra no quiso dar estas seguridades, ni consentir en el casamiento primero sin que quedara arreglado el segundo; de modo que resultó evidente que el plan principal de Inglaterra con la lugartenencia del electorado hanoveriano era separar al príncipe Federico de su padre y de su país, haciéndole instrumento de la política de la casa de Hanover, cosa que Federico Guillermo no podia consentir. En vista de esto, no hizo mas que cumplir con su deber cuando declaró que el asunto no estaba todavía en sazón y que su hijo era todavía demasiado jóven para contraer matrimonio, bien que por lo demás consideraba el casamiento inglés como el mas conforme á sus deseos.

La reina y sus dos hijos sabian de este asunto á lo menos lo suficiente para comprender de qué lado venian los obstáculos si no se realizaban los casamientos ingleses; y lo que supieron despues, segun consta en sus notas y correspondencia, nos hace hoy incomprensible el lenguaje odioso que la hija emplea en sus memorias cuando habla de una conspiracion que segun ella habian urdido contra su felicidad, su padre, el ministro Grumbkow y el embajador Seckendorf. Por lo demás, no oculta que el príncipe de Gales personalmente no le gustaba; al contrario le repugnaba y no consideraba este casamiento sino como el menor de tres males. La reina y sus hijos sabian muy bien que el proyecto matrimonial no habia encontrado ningun obstáculo de parte del rey, sino que muy al contrario, le habia causado una gran alegría y que la union se hubiera verificado sin dilacion, si la corte de Inglaterra no se hubiese empeñado en el casamiento simultáneo del príncipe real de Prusia. Lo que habia detrás de este último casamiento, no lo vieron, es verdad, pero comprendieron perfectamente que cualesquiera que fuesen las dificultades, no podian ser bastante poderosas para deshacer los matrimonios si los hubiese querido celebrar la familia real de Inglaterra y Hanover. Para vencer estos obstáculos, redactó la princesa una carta para su hermano, que éste dirigió á la reina Carolina, y en la cual decia á esta reina, que si consentia en el enlace de su hermana con su hijo, el heredero de la corona de Inglaterra y de Hanover, él cumpliría su promesa y en su día se casaria con la princesa Amalia. En otra carta que el príncipe escribió de su propio puño y letra al agente inglés Hotham, solicitó con instancias que se arreglara definitivamente el casamiento de su hermana, y se contentara la corte de Lóndres por lo pronto con su palabra de honor de que jamás se casaria con otra mujer que no fuese la princesa Amalia. Esta carta sin fecha fué hallada entre los papeles de Hotham y la publicó Raumer en sus «Documentos para la Historia moderna,» sacados de los archivos nacionales de Inglaterra y Francia. Ignorando los verdaderos motivos de la negativa de su padre á consentir en este doble enlace, se los explicaron á su modo dándole un carácter por demás odioso, conforme se ve en las primeras frases de la carta que acabamos de mencionar, y que dicen así: «El rey me trata de una manera inaudita, y me esperan cosas horribles. El verdadero motivo por el cual el rey no consiente en este casamiento, motivo que no confiesa, es el deseo de tenerme humillado y enjaulado (1) toda la vida.»

(1) *Qu'il me veut toujours tenir sur un bas pied, et me faire encajger* (Raumer escribe *enrager*, pero evidentemente debe leerse *encajger*) *toute la vie.*

Los malos y brutales tratamientos que no cesaba de darle su padre, sin doblegar por eso su obstinada terquedad, acabaron por exasperar al príncipe, y le hicieron concebir el plan de huir á Inglaterra por la vía de Francia, á pesar de la desaprobacion del embajador inglés. En Muhlberg habia recibido otro vergonzoso castigo, y debiendo acompañar á su padre en su viaje á sus territorios rhinianos, resolvió aprovechar la ocasion de hallarse cerca de la frontera francesa para huir. Mas en Mannheim el paje Keith, hermano del teniente de este nombre, compañero y favorito del príncipe real, descubrió el proyecto al rey. En Wesel el príncipe fué llamado por su padre el 12 de agosto á hora avanzada de la noche, y viéndose descubierto, confesó de plano asumiendo toda la responsabilidad él solo; y sin defenderse ni atenuar su proyectada fuga, se limitó á decir que ésta nada tenia que ver con el crimen de desercion de la bandera prusiana, pues que no llevaba mas intencion que librarse de los malos tratamientos y del rencor del rey.

Hasta su regreso á Berlin reprimió el rey su ira; pero una vez allí, estalló la mina y desahogó el furor en su hija, cuyos gritos y lamentos resonaron por todo el ámbito del palacio, segun refirieron en las respectivas comunicaciones á sus gobiernos Guy Dickens y Seneterre en 5 y 7 de setiembre (2). Finkenstein y Kalkstein, encargados de la educacion militar del príncipe, experimentaron tambien el desagrado del rey; Duhan, que desde 1727 era consejero del tribunal superior y miembro del consistorio francés, fué desterrado á Memel; igual suerte cupo al bibliotecario del príncipe, y la biblioteca de éste, compuesta de 4,000 volúmenes, fué empaquetada por orden del rey y puesta en toneles y enviada á Hamburgo para ser allí vendida. La infeliz Dori Ritter de Potsdam, cuya hermosa voz era la delicia del príncipe, fué azotada públicamente y enviada á la casa de correccion para pasar allí el resto de su vida hilando. El teniente Keith logró á tiempo poner tierra por medio; pero su compañero Katte y el príncipe real fueron encerrados en el castillo de Custrin, aguardando la sentencia del consejo de guerra, reunido á este efecto en Koepenig el 25 de octubre de 1730. La intencion del rey era, como se vió por los hechos, producir en el príncipe una impresion profunda é indeleble, enseñándole el abismo á cuyo borde se habia dejado empujar por su ligereza, desobediencia y obstinacion. En 16 de setiembre el auditor general de guerra Mylius, por orden expresa del rey, se presentó al príncipe para preguntarle «qué castigo merecia el hombre que faltando á su honor conspiraba para desertar; si se creia todavía digno de ser algun día soberano de su país; si queria salvar su vida ó no, y si para salvar su vida queria renunciar á la corona de sus mayores.» Estas preguntas fueron otras tantas puñaladas para el desgraciado príncipe, el cual lo dejó todo en manos de su padre y solo contestó que preferia morir y renunciar sus derechos á sufrir encierro perpetuo.

¡Quién sabe si entonces no sufrió mas el rey que su hijo! Porque tambien sentia destrozada su alma por la conciencia inexorable; y por grandes que fuesen las faltas del hijo, cruelesimos y anti-naturales habian sido tambien sus castigos; ¿quién tenia la culpa de la terca obstinacion del príncipe sino el padre que desde su niñez le habia espantado y atemorizado con su dureza? Y ¿eran todas las faltas que echaba en cara á su hijo pecados igualmente capitales y en igual grado imperdonables? ¿No le habia él herido tanto en lo mas profundo de su corazon que no le habia dejado mas alternativa que el suicidio ó la fuga? ¿Cómo habria procedido él si hubiese tenido que aguantar semejante trato? Estos debian

(2) Pueden verse en la obra de RAUMER.

de ser los pensamientos que martirizaron la mente del rey cuando de noche en sus accesos de furor se levantaba de su cama y erraba como un loco por las salas de su palacio para caer finalmente bañado en sudor frio y como muerto á los piés del lecho de su esposa.

El consejo de guerra se declaró incompetente respecto del príncipe real, cuya fuga premeditada pero no realizada, dijo que era un asunto de familia entre padre é hijo, en el cual no podian entender los vasallos y súbditos. El teniente Katte quedó condenado á encierro perpetuo en un castillo, y el fugitivo Keith, como rebelde, fué sentenciado á muerte. Como la intencion del rey era solo mortificar, ablandar y cambiar el corazon impío de su hijo, y no matarlo, no necesitaba las solícitas representaciones de las cortes extranjeras para perdonar al príncipe real tan pronto como tuviera la seguridad de que éste se enmendase, y por tanto no hizo la menor objecion á la decision del consejo de guerra; pero cambió la sentencia de Katte en la de muerte, que fué ejecutada en el infeliz en 6 de noviembre con la orden de que el príncipe real la presenciara desde la ventana del cuarto donde estaba preso. Al pasar su camarada debajo de esta ventana en su marcha al sitio de la ejecucion, le gritó al príncipe: «¡Perdóname, mil veces perdon!» á lo que el sentenciado le contestó: «¡No hay de qué!» Federico se desmayó y cuando volvió en sí todo estaba concluido.

En 19 de noviembre prestó el juramento de arrepentimiento y enmienda, que era la condicion que el rey habia puesto en cambio de su perdon; y al día siguiente entró de oidor en la administracion de guerra y bienes de la corona en Custrin. Desde entonces empezó para el príncipe real el estudio preparatorio de su reinado.

II

EL PRÍNCIPE FEDERICO EN CUSTRIN Y RUPPIN

En el decenio que pasó entre la prision del príncipe real y su subida al trono, se formó su carácter; genio regio por la gracia de Dios; genio cual desde el gran Hohenstaufen Federico II tambien en la larga lista de los emperadores alemanes, no habia producido ninguno la raza germánica. Así entró Federico II de Prusia á la edad de 28 años á ocupar su puesto en la historia del mundo.

Su padre jamás conoció ni siquiera sospechó los riquísimos dones con que la naturaleza habia dotado tan pródigamente á su hijo, ni que fuera posible una plenitud de actividad tan fecunda, además de la obligatoria, que absorbió todo el tiempo de su vida y el de la vida de su hijo. El mundo intelectual, con sus productos y sus goces, en el cual el príncipe siguió viviendo y desarrollándose, despues de haber cambiado en apariencia su índole, y de haber roto con su pasado, fué siempre un libro cerrado para el rey su padre. El cuidado desleal con que el príncipe lo ocultó era la defensa natural para evitar nuevas disensiones, sin que esto fuera desde entonces obstáculo para que se dedicara con toda sinceridad al servicio de la administracion y del ejército, conforme han dejado evidenciado los años posteriores; y es que el verdadero genio puede mas que la generalidad de los hombres, que ó no sobresalen en nada ó solo llegan á abarcar una especialidad.

A pesar de todas las seguridades que daba el hijo á su padre de que con cuerpo y alma seguia solo su voluntad, y no vivia mas que para obedecerle; de que estaba resuelto á renunciar espontáneamente á todo lo que le habia hecho perder el cariño de su padre, no pudo este jamás desprenderse de la sospecha de que su hijo le engañaba. Despues

de un año de arresto y habiéndole vuelto á admitir en su gracia, todavía no quiso creerle cuando el príncipe, tres días despues de la entrevista ya mencionada, en 18 de agosto de 1731, le escribió que «deseaba volver al servicio militar; haced de mí todo lo que querais, decia; con todo estaré contento y alegre con tal que vuelva á la milicia.» Contestóle el rey que esto le parecia un tanto difícil de creer, diciéndole entre otras cosas: «¿Qué quieres apostar á que si te hiciera traer de Paris un profesor de flauta con una docena de pífanos y libros de música, toda una compañía de actores y una gran orquesta, por supuesto todos franceses, hombres y mujeres, un par de docenas de profesores de baile, con otra docena de petimetres, y si hiciese construir un gran teatro, esto te gustaria mas que una compañía de granaderos? Porque segun tu modo de pensar, no son estos granaderos mas que vil canalla. Mas nobles son esos petimetres, esos francesitos, las agudezas y chistes, un musiquillo, un histrion, todos ellos son dignos del trato de un príncipe y de servir de recreo á un rey. Estos, si te examinas con franqueza, son tus sentimientos; cuando menos esto es lo que desde tu infancia te han imbuido rufianes y prostitutas, y lo que pensabas hasta tu encierro en Custrin.» No iba muy descaminado el rey, porque efectivamente su hijo conservaba sus gustos y opiniones de antes, aunque no se reducian exclusivamente á lo que le escribió en esta carta, porque cabalmente en aquella época dijo el príncipe al director de aquella administracion donde estaba ocupado como oidor, segun se ve en la carta que escribió este funcionario, llamado Hille, con fecha de 30 de setiembre de 1731, al ministro Grumbkow: «Lo que mas me gusta es la lectura; tambien me gusta la música y mas todavía el baile. Aborrezco la caza; pero me gusta la equitacion. Si fuera independiente, haria todo lo que me gusta, sin perjuicio de dedicar una gran parte de mi tiempo á los negocios, y no serian solo proyectos, pues estos los dejaria á que otros los hiciesen. Tendria además una buena mesa, aunque no extravagante; tendria buenos músicos, pero no los haria tocar en las comidas, porque para mí es la música un recreo, y me impide comer.» Con igual franqueza explicóse con el conde de Schulenburg, segun las cartas de éste del 4, 19 y 22 de octubre, al mismo ministro Grumbkow, siempre sobre el tema: «Soy jóven y quiero gozar.» Por otra parte la correspondencia secreta del conde de Seckendorf con el príncipe Federico y el príncipe Eugenio, nos revela de dónde sacó el príncipe real desde 1732 las sumas respetables que le permitian llevar una vida mas regalada de la que le hubieran permitido sus recursos limitados, y al mismo tiempo pagar sus deudas sin que su padre lo supiese.

A pesar de conservar sus aficiones de antes, empezó para el príncipe real una vida nueva en Custrin que le trasformó realmente. Sabiéndolo el rey, escribió en 25 de mayo 1731: «Que se ciña á hacer lo que yo quiero; que se quite de la cabeza los resabios franceses é ingleses, para ser solamente prusiano, fiel á su señor padre y que tenga corazon de alemán.» Este deseo de Federico Guillermo fué cumplido, aunque no por el estilo que él se habia figurado. El príncipe habia entrado en Custrin adolescente con la pretension de sacar de sí mismo la norma y guia únicos de su vida, y cuando salió de aquella fortaleza era un hombre perfectamente amaestrado en el arte de sacrificar sus gustos y someterse á su mision y á la de la Prusia, su país. Su obstinacion en conservar lo que creyó antes su derecho á los goces de la vida y su libertad, cedió el puesto á una gran concepcion de su deber con la cual se identificó finalmente por completo. Habia creído en una fatalidad eterna é inexorable, cuya creencia le habia entregado indefenso á las seducciones mundanas; pero en Custrin aprendió que otra fatalidad